

La independencia: un asunto de familia

**Por Carmen Saucedo Zarco
INEHRM**

Es muy probable que Miguel Hidalgo estuviera pensando en Francisco Primo Verdad y Ramos cuando le dijo a Allende que las personas que emprendían los movimientos como el que estaban a punto de iniciar no sobrevivían para ver su empresa terminada. Aquella madrugada del 16 de septiembre de 1810, Hidalgo también habría de recordar que exactamente dos años atrás, el síndico había sido apresado por expresar el deseo de los criollos por asumir un poder que se les había negado de manera terminante.

Más allá de la simpatía que los independentistas pudieron haber sentido por los autonomistas de 1808, existían lazos reales que los hicieron sentir empatía y hasta pesar. La urdimbre de parentescos tejida entre los habitantes, principalmente criollos, del Centro y Occidente de México era extensa y fuerte. Por eso, la Independencia se convirtió en un asunto de familia.

Ciénega del Rincón, que más tarde se llamó Ciénega de Mata, era una hacienda asentada entre los centros mineros del norte, las pujantes regiones ganaderas y la prosperidad cerealera del Bajío, surgida en el siglo XVII, cuando los españoles pudieron afincarse en las bravas regiones de la frontera chichimeca. Se apellidaba Rincón por sus dueños: los Rincón Gallardo; su capilla estaba dedicada a la Purísima Concepción y el cura rendía cuentas a la parroquia de la villa de Aguascalientes.

La hacienda reunía a gente venida de muchos lugares, pues además de los españoles que encontraron en sus tierras su nuevo hogar, acogía a otros habitantes, forzados por las políticas de poblamiento, como los indios de Michoacán, los otomíes y hasta tlaxcaltecas, además de los chichimecas que habían aceptado el nuevo modo de vida. Unos pocos negros y mulatos completaban aquel variopinto cuadro de trabajo.

Fue en este lugar —localizado en el estado de Jalisco y no en Aguascalientes, como se afirma— donde nació Francisco Primo José Manuel Verdad y Ramos el 9 de junio de 1760. Las similitudes con Hidalgo, nacido siete años antes, saltan a la vista, pues al igual que el párroco de Dolores, Verdad era hijo de un administrador de

hacienda, había tenido familiaridad con los jesuitas y había ascendido socialmente de familia criolla de campo a profesionista de ciudad.

El padre del licenciado Verdad, José Pieiro Verdad, era oriundo de Guadalajara, y su madre, Antonia Fructuosa Ramos, de Compostela (hoy en el estado de Nayarit). Como muchos españoles y criollos en busca de mejores medios de vida, los Pieiro Verdad Ramos (Francisco Primo y sus hermanos tomaron el apellido materno de su padre) anduvieron por varios sitios entre los reales de minas y los Altos de Jalisco. Al menos dos hermanos de su padre se establecieron en Pinos, Zacatecas, para subsistir de la minería. Con una mediana preparación en el colegio jesuita de Guadalajara, su padre probó suerte en la administración de las florecientes haciendas de los Rincón Gallardo, ocupación que lo hizo trasladarse con su familia a Ciénega del Rincón, donde nacieron varios de sus hijos.

Francisco Primo, más aficionado a los libros que a las reses o a la siega del trigo, recibió el apoyo de su padre para estudiar Derecho en la Ciudad de México. Sus hermanos, en cambio, permanecieron en aquella región encontrando en la villa de Santa María de los Lagos (hoy Lagos de Moreno, Jalisco) su medio de vida, en particular su hermano Pedro, quien tuvo numerosa descendencia en esa villa, muy cerca, por cierto, de San Felipe y Dolores.

Todas estas referencias familiares vienen muy al caso porque una buena parte de la diseminación de las ideas de autonomía e independencia ocurrió primero entre las familias y sus amistades. Además de las relaciones de parentesco, estas familias tenían intereses comunes en la minería, el comercio, la producción agropecuaria y la cría de ganado.

Prácticamente todos los criollos y mestizos de la primera hora de la guerra por la Independencia formaban parte de esa amplia red de familias. Los Allende, los Aldama, los Abasolo, los Domínguez, los Hidalgo, los Verdad, los González ocupaban lugares preponderantes en ese entramado cuyos miembros estaban presentes en el comercio, el transporte, la pequeña burocracia y el clero. Todavía mejor, la formación de las milicias provinciales en la segunda mitad del siglo XVIII aumentó el prestigio de las familias adineradas cuando compraron para sus jóvenes hijos los puestos de la oficialidad del ejército virreinal.

A lomo de mula, las ideas viajaron en avisos, cartas, mensajes cifrados, libros y gente que iba y venía, dando cuenta de lo que pasaba, de lo que se opinaba, de lo que dolía, de lo que indignaba. También se esparcía el optimista pensamiento de los criollos cultos, como el que afirmaba que la Nueva España poseía múltiples riquezas, que podía convertirse en una nación no sólo opulenta sino poderosa, así como la firme creencia en la preferencia que Dios había tenido al elegirla para que en ella se apareciera la Virgen María en la advocación guadalupana.

Cuando el joven Francisco Primo Verdad llegó a la Ciudad de México, no lo hizo como un muchachito solitario y provinciano confundido en la urbe. Como ahijado de José Antonio Rincón Gallardo y de su esposa Josefa Calderón y Berrio, emparentados con las grandes fortunas de la capital novohispana, debió recibir atenciones especiales de sus parientes espirituales. Su ascenso al Ayuntamiento de la Ciudad de México tuvo mucho que ver con estas relaciones, pues en esta corporación, más allá de ocuparse del gobierno y buen policía de la ciudad, se cuidaban celosamente los intereses comerciales, mineros y ganaderos en los que se cifraba el poder de los criollos.

Por eso, Verdad, con el apoyo de su compañero, el regidor Juan Francisco Azcárate, y el fraile limeño de la Orden de la Merced Melchor de Talamantes, buscó los medios legales para ganarle terreno en el campo político a los españoles, que de pronto se encontraron sin la autoridad de un rey legítimo. La réplica fue brutal. Los peninsulares no estaban dispuestos a ceder y las represalias no se hicieron esperar.

Atentos a los acontecimientos, los criollos recibirían la noticia con estupor, detonando así una serie de juntas conspiradoras —no de manera gratuita—, abundantes en el Bajío. Cuando Hidalgo declaró enfático que todo el país estaba en fermento, tenía razón, por lo menos en lo que respecta al área geográfica en la que, estaba seguro, la idea de independencia se discutía a la hora del almuerzo entre hermanos, primos, tíos, abuelos y otros convidados a la mesa de las familias.

Cuando los insurgentes se aproximaron a las puertas de la Ciudad de México, tal vez Hidalgo estaría pensando no sólo en la familia que tenía ahí cuando renunció a tomarla. Quizá pensó también en las otras familias, las de sus amigos y compañeros de

armas, que podían quedar a merced de las venganzas realistas, pues, al fin y al cabo, ¿quién no tenía un primo en la Ciudad de México?